

LA EXPERIENCIA DE DIOS HOY

Oración y la experiencia de Dios

Abordar el asunto de la oración en nuestro tiempo, no es tarea fácil, da la impresión de que todo está ya prácticamente dicho. Sólo situando la oración en un contexto más amplio, teniendo presentes aspectos cristológicos y socio-culturales, nos atreveremos a decir algo sobre ella y su práctica. “La oración” no existe, lo que existe son hombres y mujeres que invocan a Dios en contextos culturales concretos configurados por tradiciones que los determinan. Por lo tanto, no pretendemos hablar sobre “la oración”, sino sólo presentar algunas dimensiones que los hombres y mujeres que oramos en el ámbito de la tradición judeo-cristiana y en el marco de nuestra cultura occidental es bueno tengamos presentes.

La experiencia de Dios hoy. Oración y la experiencia de Dios, Confer 46 (2007) 129-142

INQUIETUDES Y PERPLEJIDADES

Siempre resulta inquietante y produce malestar escuchar afirmaciones contundentes que hacen sospechar, a quienes comparten inquietudes y malestares, que detrás de dichas afirmaciones se esconde algo no dicho. Y que, precisamente, lo que no se dice es lo más importante.

En lo referente a la oración, se afirmaba y se afirma rotundamente que sin ella no hay vida cristiana ni religiosa y que sin vida de oración no hay posibilidad de experiencia de Dios. La inquietud surge cuando se cae en la cuenta de que no se afirma con tanta rotundidad que el despreciar a los pequeños (Mt 18, 10) es una pro-

hibición teológica; que anteponer a cualquier obligación religiosa la liberación de los oprimidos por el peso de la sociedad es lo que Dios quiere (Lc 13, 10-17); que Dios visita a su pueblo cuando a la viuda indefensa se le devuelve su sustento y compañía (Lc 13, 10-17). No se insiste en todas las dimensiones de “lo religioso” en el ámbito cristiano. La oración se presenta como algo problemático y sospechoso de enmascarar otras cosas.

Normalmente, a esto se contesta diciendo que sin oración no es posible vivir el aprecio a los pequeños como preferidos del Padre, que no son posibles las prácticas

de liberación como “dios manda”, que sin oración no es posible adquirir la sensibilidad para percibir donde se encuentran las viudas indefensas, etc. En el juicio de las naciones (Mt 25) los Benditos del Padre aparecen como gentes que han vestido al desnudo, acogido al forastero, visitado al encarcelado, han dado de comer al hambriento, y no dan la impresión de que hayan tenido que recurrir a ningún tipo de malabarismo interior para caer en la cuenta de lo evidente: que hay criaturas hambrientas, sedientas, desnudas, humilladas y ofendidas...

Cuestión de sensibilidad

Para aliviar el sufrimiento de los otros no se requiere una instancia exterior a la realidad sufriente que haga caer en la cuenta de *las necesidades que están ahí, que se ven y se oyen, que se tocan y olfatean y tienen sabores muy concretos*. Al samaritano se le presenta como evidente aquello que para el levita y el sacerdote no lo es. El samaritano es un hombre que, como va por los caminos, percibe con los sentidos lo que acontece. El sacerdote y el levita pasan por el camino “casualmente” (Lc 10, 31) y no perciben lo que el samaritano percibe, porque en el templo se ven, oyen, gustan y tocan otras cosas. Sus sentidos están embotados.

Es sintomática la profunda desconfianza ante los sentidos en la

mayoría de las tradiciones espirituales de carácter gnóstico. Como los sentidos son engañosos, es mejor recurrir a los “sentidos interiores y espirituales” que nos llevan a una divinidad que sólo se manifiesta en el interior de un yo “apático” ante lo que acontece. Es urgente ajustar cuentas con esta “tradición” que ha hecho fortuna y que nos lastra la oración más de lo que creemos. Lo que en un momento cultural supuso el descubrimiento del yo, de la interioridad, no se puede convertir en el único criterio de lo que es la oración. La mística cristiana es de ojos abiertos. Es necesario tener los ojos bien abiertos y los oídos atentos ante lo que acontece.

Es indudable que no se daba ni se da la misma densidad a la oración que a otras dimensiones profundamente evangélicas. En ambientes en los que es “obligada”, la oración ha sido y es motivo de profundos sentimientos de culpa cuando ésta se “deja”. Ver a uno fiel a la oración ya parecía y parece garantía de su fidelidad al Señor.

Oración como peligro ineludible

Esta oración tenía una función evidente de control social, de indoctrinación y de introyección de los valores y normas institucionales. No llevaba necesariamente a tener los “mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”. La prácti-

ca de la oración, un espacio y un tiempo dedicado a ella, parece que no asegura por sí misma la experiencia del Dios Vivo, del Otro que es capaz de trastocar una vida y de situarla en la realidad de otra manera.

Pero, por otra parte, no se puede banalizar de ningún modo un aspecto del comportamiento religioso como es la oración, que ha sido y es objeto de vidas enteras dedicadas a ella en todas las tradiciones religiosas, y que ha sido fuente de tantos temores, escrúpulos y miedos a perderla, así como

fuelle de tanto gozo y de tanta vida. Este aspecto orante merece no sólo toda la atención sino también el descalzarse porque da la impresión que entramos en territorio santo.

Es necesario volver los ojos a Jesús y su buena noticia para poder encontrar caminos que nos orienten en la oración cristiana, no en la “oración” en abstracto; que permitan que el relato evangélico se exprese sin buscar “argumentos de escritura” para supuestos establecidos.

LA ORACIÓN CRISTIANA

La oración de la que hablamos es la oración cristiana. No nos referimos a “la oración” como necesidad natural de trascendencia, sino a la que actúa en el ámbito de la Buena Noticia de Jesús, que nos revela a Dios como Padre y Creador y que, en virtud de esa percepción, configura en nosotros los mismos sentimientos que tuvo Él. Para ello hay que dejarse afectar por la Buena Noticia de Jesús de un modo práctico y dinámico, y esto se da en el seguimiento.

El seguimiento es un modo de estar en la vida, “una manera de sentir e interpretar el mundo previa a toda reflexión”. Jesús da gracias al Padre porque la gente sencilla entiende las cosas del Reino y los sabios y entendidos, no. La gente sencilla, antes de todo dis-

curso, entiende la Misericordia. Gentes de corazón limpio que no han entrado en dinámicas de querer traficar con Dios para asegurarse la vida. La oración cristiana no puede ser gnóstica, una oración que se pierde en las alturas, sin sensibilidad para percibir lo que acontece en los caminos de la vida.

La fascinación de lo religioso

Debemos mantener la mirada puesta en Jesús y sólo en Jesús. En nuestra cultura de hoy podemos cambiar la mirada hacia algo fascinante para la sensibilidad religiosa y caer en una trampa mortal. *Hoy resurge lo religioso y lo sagrado, y esta fascinación seducto-*

ra nos puede llevar a confundir a los dioses con el Dios Vivo. Es urgente, en lo que a la oración se refiere, saber discernir el terrible engaño en el que se puede caer ante la seducción del renacer “religioso”. Esta tentación es real y se está cayendo en ella. En muchos ambientes religiosos se percibe este retorno de lo religioso como una buena noticia, cuando puede ser una mala noticia: la de replegarse a la interioridad apartando la mirada del mundo de Dios y de sus criaturas sufrientes. Primar los derechos del yo antes que los del sufrimiento del Otro.

J. B. Metz nos avisa del riesgo de la religión, de la vuelta a lo sagrado, sin Dios. Es fundamental tener presente este aviso en todos los ámbitos del seguimiento de Jesús, especialmente en aquellos en los que se trata de iniciar en el seguimiento y en la práctica de la oración.

Sólo podemos dejarnos seducir por el Dios de Jesús. La ora-

ción, si es cristiana, no puede quedarse en un diálogo yo-tú, el Dios revelado como Padre es *nuestro*, no puede quedarse en un ejercicio “espiritual” que hincha el yo hasta límites insoportables. El yo orante de ningún modo puede olvidar que está implicado en la trama de este mundo nuestro, que es un yo vinculado a otros y que *esta implicación no es un fruto de la oración sino una condición previa para que la oración sea cristiana. Jesús tiene que pasar por la prueba del desierto antes de retirarse a lugares desiertos para orar.* Se trata de percibir en el relato evangélico que no es posible entender la oración de Jesús, en su novedad ante el Dios de Israel y sus criaturas, sin la prueba. En el desierto Jesús depura sus percepciones de Dios y de la realidad, su modo de percibir el Reino, su modo de anunciarlo y practicarlo. Jesús es tentado en la raíz de su misión. Esta tentación es la clave para entender el modo que tiene Jesús de situarse ante Dios y las criaturas.

LA ORACIÓN DE JESÚS

Resulta sorprendente que en la tradición evangélica Jesús ora en solitario, se separa de sus seguidores y de la gente para situarse delante de Dios, sin decirnos palabra (excepto en Getsemaní) sobre qué hace, qué dice ni qué postura corporal toma. Jesús no aparece como un “maestro de oración” enseñando técnicas ni modos de orar.

No parece excesivamente preocupado de que los suyos aprendan a orar desde el momento de la llamada. Al contrario, da la impresión de que para los fariseos y seguidores de Juan Bautista la imagen de los discípulos de Jesús es bastante penosa y escandalosa: comen y beben y no guardan ayunos. Lo que aparece en cambio co-

mo novedoso ante la gente es su modo de enseñar con autoridad y la incidencia práctica de su anuncio: da órdenes a los espíritus inmundos y obedecen (Mc 1, 27).

Es evidente que Jesús ora, pero no parece que la oración ocupe la parte central de la narración evangélica. La centralidad parece que está en la inminencia del Reino y en la consecuente liberación de los poderes opresores (“espíritus inmundos”) que atenazan a los excluidos de la casa de Israel. La narración evangélica nos presenta a Jesús más como un “hombre de hechos” que como un “gurú” o maestro de oración rodeado de sus discípulos. Nos lo presenta como un taumaturgo que despliega su fuerza a favor de los amenazados en su vivir. Tomando el relato evangélico con una cierta distancia, vemos que Jesús es empujado al desierto como lugar de prueba, no como lugar de oración. Cuando Jesús se retira a orar lo hace al despoblado. La diferencia merece atención.

El desierto, como lugar teológico de depuración y de prueba, no es una decisión de libre elección. Jesús es empujado por el Espíritu. El desierto, más que un lugar geográfico situado en un espacio y tiempo concreto, como los lugares a los que Jesús se retira para orar, es la misma vida viva desde la terrible amenaza satánica de sus trampas y seducciones. Jesús tiene que anunciar y “practicar” el Reino de Dios, no un Reino suyo y, menos aún, un Reino

configurado según el mundo. Tiene que anunciar y practicar un Reino que sea la visita de Dios a su pueblo para curarlo de todo achaque y enfermedad (Mt 4,23) y no otra cosa. Nosotros somos empujados a la vida y en ella, y no en otro lugar, tenemos que seguir a Jesús para que, configurados con Él, seamos portadores de la buena noticia.

Retirarse a orar desde la prueba, no retirarse para evitarla

Cuando hoy hablamos de oración, normalmente nos referimos a retirarnos un tiempo del mundanal ruido y, a ser posible, en un lugar desierto: en casa cuando no hay nadie, en la iglesia cercana, o a una casa tranquila con todo lo necesario para estar cómodo y bien atendido. Si estos retiros a “lugares desiertos” no han supuesto y siguen suponiendo el vivir en el desierto de nuestro mundo concreto, con todas sus amenazas y trampas, experimentando la dificultad de que la Misericordia y la justicia se abran espacio ante tanta vileza e injusticia, luchando para que la verdad se acredite y así se santifique el Nombre de Dios, no valen para gran cosa. Para relajarse, descansar y “cargar pilas” no es necesario recurrir al lenguaje evangélico. Para orar con Jesús y ponerse a tiro del Dios vivo es necesario ponerse a prueba.

No negamos la necesidad de

recuperar el silencio, la interioridad, la necesidad de paz, pero *tenemos que prestar absolutamente la misma atención a los “tiempos de oración” como a los modos de estar en la vida*, a lo que pasa por dentro como a lo que pasa por fuera y, sobre todo, desde dónde y cómo lo percibo.

Si queremos re-descubrir la oración tenemos que dejarnos empujar por el Espíritu al lugar de la prueba, la prueba de poner en cuestión nuestras “definiciones de la realidad”, lo que se tiene por verdadero o falso. Las persuasiones que operan en nuestro vivir cotidiano sólo se modifican en contacto con la realidad. La prueba supone en Jesús un cambio radical en su modo de estar en la vida, un cambio en lo que se esperaba de él como anunciador del reino y hacedor de milagros.

El desierto como criterio de oración. No toda oración es la de Jesús

El cambio radical que Jesús experimenta en la prueba es confiar y esperar en que Dios se acredite por sí mismo sin necesidad de mediadores ni búsqueda de seguridades, sin esperar que Dios se revele de un modo que no sea el alivio de las criaturas, y sin caer *en la trampa de imponer a Dios apabullando a las criaturas*.

El objeto de la tentación, no es el abandono del Reino, no es vol-

ver la espalda al objeto de su misión, sino el hacer y decir el Reino según el orden de este mundo configurado por la mentira y el crimen. Jesús es tentado en cuanto a su modo de estar en la vida. A Jesús se le plantea la tentación de “arriba y del centro” –alero del templo- para provocar una intervención de Dios; es tentado en su modo de ubicarse en la realidad cotidiana. Desde el centro y desde arriba no se ven las mismas cosas que desde abajo y descentrado; desde los márgenes se ven otras gentes y otras situaciones.

Sólo desde el vencer la tentación de ser centro y estar arriba, la oración es otra, se convierte en otra. Pero este descentramiento no es puro malabarismo interior, sino otro modo de estar en el espacio y en el tiempo. Desde el alero del templo no se interacciona con la realidad, no se modifica la sensibilidad. La “oración”, como ejercicio de interioridad, no modifica la sensibilidad y sin esta modificación no se puede percibir al Dios de Jesús.

Desde abajo y descentrados la oración es otra cosa, no es hinchar el yo sino percibir que los hombres y mujeres son criaturas de Dios, por causa de algo tan sencillo como es verles cara a cara, no es fácil aguantar miradas en horizontal. Orar es ver rostros desde el Padre y Creador.

Posiblemente la oración no “soluciona” gran cosa, pero sí nos hace entrar en un proceso de más

ternura e implicación, y así nos dispone para percibir al Misericordioso como el que está presente invitando a generar espacios de descanso para los agobiados y cansados por la vida. Encontramos descanso cuando experimentamos que el seguimiento nos pesa porque compartimos el peso de los demás, cuando experimentamos nuestros propios límites y carencias como criaturas que somos. Encontramos alivio cuando Jesús nos recuerda que el seguimiento no es sólo tarea sino fundamentalmente don.

La oración desde la vida nos hace caer en la cuenta de que lo que llamamos experiencia de Dios normalmente se da *a posteriori*. Cuando se está en los caminos de la vida no se puede prescindir, porque está ahí, del dolor del viernes santo y del silencio del sábado san-

to. Muchas veces no podemos, al mismo tiempo que vivimos situaciones personales y colectivas, encontrar el significado de lo que vivimos, y esto es prueba y es desierto. Entonces tenemos que saber orar en el silencio del sábado santo, pidiendo fortaleza para permanecer en él. Qué poca cosa parecen muchos “silencios” que tan sólo son un “que no me molesten en la oración” frente al Silencio de Dios sobre nuestra propia vida y sobre la realidad. Orar en cristiano es aprender con dolor y revelencia que Dios tiene también derecho a callar, y nuestra oración no puede consistir en una lucha narcisista para que Dios nos esté continuamente hablando. Orar es caer en la cuenta de que no somos tan importantes ante tanto dolor acumulado en las víctimas. Esto es humildad.

ORAR EN EL SIN-SENTIDO

Es demasiado pretender que la oración se convierta en búsqueda de significados o querer encontrarlos *a priori*. ¿No será la oración más bien vivir confiadamente en Él, y no forzar respuestas? El dolor del mundo es demasiado desgarrador como para convertir la oración en una especie de sedante. Nunca podremos olvidar que la oración cristiana, como bien dijo Bonhöffer y lo acreditó con su vida, es permanecer con Cristo en Getsemaní... aunque nos durmamos muchas veces.

Orar es saber estar en Getsemaní, pasar por el sin-sentido y no anularlo con artificios. ¡Cuidado con las oraciones que quieren llenarlo todo inmediatamente de sentido! Son palabra hueca o puro esteticismo.

Tenemos que aprender que orar es aprender a vivir con ternura y pasión por las criaturas, despojándonos de la pretensión de saberlo todo. Hay mucha gente que sin saberlo santifica todos los días parcelas de la creación, como diría

Elie Wiesel. La oración cristiana no es una oración que pretende saberlo todo y abarcarlo todo. La oración cristiana es pasión por el Creador y las criaturas. Gracias a Francisco de Asís, la oración cristiana se llenó de bondad, limpieza y ternura.

Jesús pasa por la prueba de no retener para sí, de no ejercer el poder en su propio provecho. El tentador lo pone a prueba en algo nuclear de su misión: cómo procesar “su poder decir y hacer el Reino”. Jesús tiene poder, palabra con la que se nos llena la boca diciendo que corrompe. Pero si la prueba es prueba, es porque tocó a Jesús y nos toca zonas personales y de la realidad que puede destrozarnos. La mejor manera de huir de la realidad es negarla.

Orar en la realidad tramposa

La oración cristiana no puede en manera alguna evadirnos de la realidad en su complejidad. Como la realidad es tramposa y asusta, se puede dar una huida muy sutil en los seguidores de Jesús, personal y comunitariamente. En muchos ambientes cristianos se está dando una auténtica negación de las mediaciones por miedo a quedar atrapados. La oración cristiana, si es oración ante el Padre y Creador, nos adentra en la espesura de la realidad creatural para hacernos cargo de ella.

Cuando Jesús supera la prue-

ba, su oración siempre le devuelve a la realidad y la realidad le lleva a la oración, porque entonces la oración no es huida sino centramiento en el Padre y Creador. La oración cristiana es vivir la confianza en la inquebrantable fidelidad del Padre y Pastor y, aunque pasemos por cañadas oscuras, sabemos que nos acompaña. Esta confianza produce vértigo, pero sólo cuando se ha pasado por cañadas muy oscuras se sabe que Dios es un Dios leal. Esta lealtad de Dios salva la vida.

No hay autoengaño más terrible que decirnos que ni tenemos ni queremos poder, es una manera de no implicarse en la trama de lo que acontece. En virtud de la Buena Noticia y la fortaleza del espíritu (Lc 11,13), podemos y debemos desvivirnos por las criaturas aunque tengamos que estar toda la vida en actitud vigilante para no caer en el dominio sobre ellas. Jesús procesó el poder como servicio a los que no podían conjugar el verbo poder. Él no es un asalariado de un dios-amo, es el Hijo que no nos hace siervos sino amigos. La oración, si es cristiana, lleva a sanar todas las tendencias dominadoras, porque en la oración no se experimenta a un Amo que nos domina, sino a un Padre que se entenece ante nuestra debilidad reconocida.

A Jesús la oración no lo separó de la vida, lo adentró en ella. Y en ella encontró la Bondad y la Misericordia que le llevó a tener compasión. La oración del seguidor de

Jesús pasará por la prueba de poner en cuestión seguridades y adquisiciones ideológicas inamovibles, y para ponerse en cuestión es necesario estar atento a la realidad de lo que acontece y a lo que se nos ha entregado. Para tener éxito en esta conversación con la tradición, con los que nos han precedi-

do en la fe, es necesario que en nuestra oración “traigamos a la memoria” las historias de testigos, iluminados, justos y santos y que nos empapemos de ellas. Es necesario que nunca el Santo Nombre de Jesús se nos caiga de la boca y del corazón.

Condensó: JOAQUIM PONS ZANOTTI